



Publicado por:

www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Ludmila M. Ramis**
© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Edith Gallego

Portada

Tyler Evelyn Rood

Maquetación

Elena María Ruiz

Corrección

Naiara Philpotts

Impresión

Podiprint

Primera edición: noviembre de 2021

Depósito Legal: B 17355-2021

ISBN: 978-84-18726-29-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

LUDMILA M. RAMIS

GAME OVER



Nova Casa Editorial



ÍNDICE

I	Batir un comienzo	13	XXVII	Depilación amistosa	269
II	Crisis de identidad	21	XXVIII	Ranas	275
III	Candados al sur	29	XXIX	Inkclase	285
IV	Tu redondez	37	XXX	Dos orillas y un bote	297
V	Cuadrado reglamentario	47	XXXI	Sócrates	307
VI	Confiscación navideña	57	XXXII	Semáforos	317
VII	Eleuteromanía	67	XXXIII	Tipos de guerra y guerreros	327
VIII	<i>Déjà vu</i>	75	XXXIV	Deterioro	337
IX	En cloro	85	XXXV	Caligrafía familiar	345
X	Un chocolate premeditado	97	XXXVI	Historia erótica	353
XI	Platónicos de oficina	109	XXXVII	El puesto	365
XII	Gallo de ciudad	119	XXXVIII	Si no encajas	375
XIII	Vial	127	XXXIX	<i>Hujambo</i>	383
XIV	Camaradas	135	XL	Emboscada	395
XV	Mariposa	147	XLI	La Gran Manzana	407
XVI	Pescador conceptual	157	XLII	Cámara de opinólogos	421
XVII	Inhibidos	167	XLIII	Los chicos Sley	433
XVIII	Bailar un chachachá	179	XLIV	Un amigo para siempre	445
XIX	Listado personal	187	XLV	La lista invisible	459
XX	Danés	197	XLVI	Juego terminado	469
XXI	Obra sin aplausos	209	XLVII	Tanatopraxia	483
XXII	Potasio	219	XLVIII	El funeral más divertido del mundo	497
XXII	Amapolas y calamares	229			
XXIV	A mi modo	239		Epílogo	517
XXV	Un acuario secreto	247		Biografía	547
XXVI	Alud de flores	259			



*Para los soñadores que, al volar, caen.
Abran las alas, tomen impulso y salten al vacío otra vez.
El cielo es más hermoso cuando están en él.*



NOTAS DE BILL

COSAS NECESARIAS PARA LA MUDANZA
(OTRA VEZ):

Ganas de vivir y los anteojos

Ganas de hacer amigos

Medicación para el estreñimiento



Vitaminas y esas porquerías

Receta de la salsa secreta

Mi nieta (NO OLVIDAR)

Receta de las galletas (robársela a la bruja de la señora Hyland antes de partir)

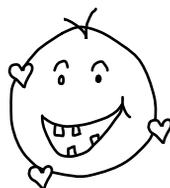
Zapatillas para patear nuevos traseros



NOTAS DE BILL

Es un gran día para
sonreír y todavía conservas
los dientes, ¡hazlo!

Zoe



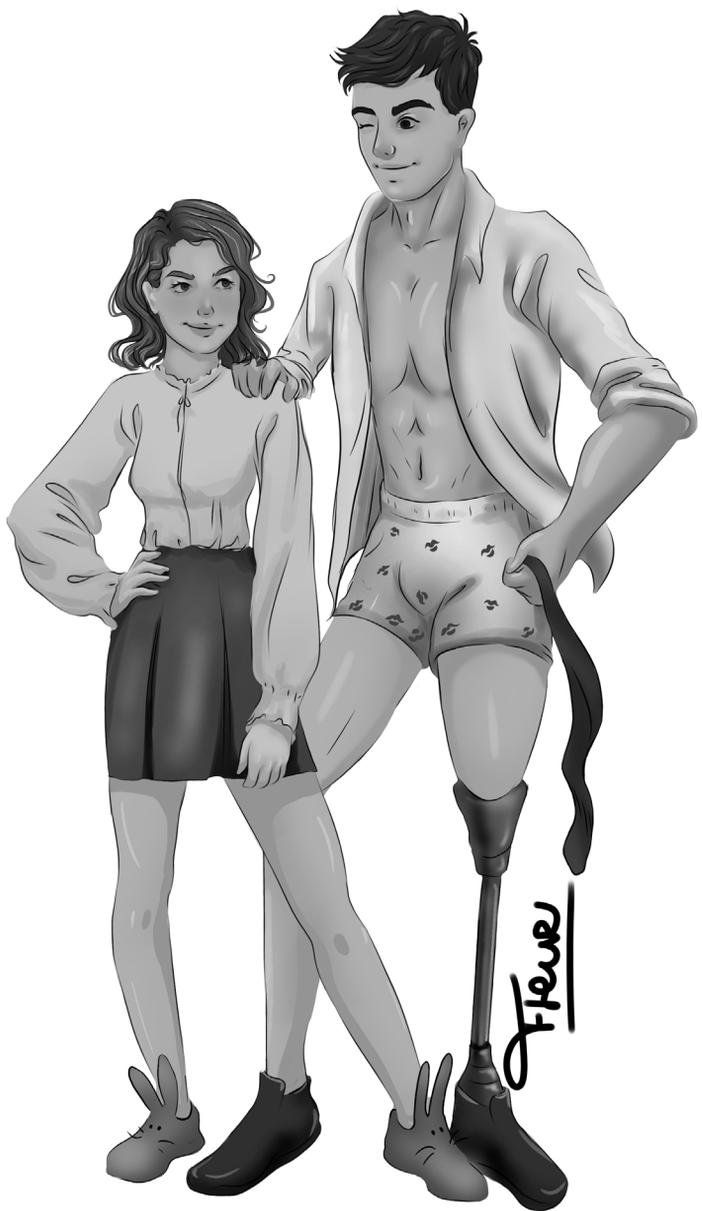
No espantes a los candidatos
y a las candidatas
de mi hija, viejo gruñón.
KANSAS

No uses como pintura la
sangre de tus nuevos amigos.

No aprobamos esa clase de
arte, Shepard

Blake

Cuide su colesterol,
coach. También a mi
descendencia. Le envío
un cortés abrazo.
Malcom





Capítulo I

Batir un comienzo

Billy Anne

—¡Billy Anne Beasley Shepard! —grita el horrorizado anciano al tomar algo que sobresale de un bolso en el baúl del Jeep.

Mataré a Tyra, es oficial.

—No es lo que parece, abuelo. —Mis neuronas tejen una mentira mientras reacomodo la caja de mudanza entre mis manos—. Es... es la nueva batidora eléctrica PFG 500, multiuso, y con pilas recargables al sol para ir de *camping*.

No sé qué es lo que acabo de inventar. Sin embargo, Shepard arquea una ceja con auténtico interés. Supongo que juega a mi favor ser honesta la mayor parte del tiempo dado que ahora me cree sin dudar.

—A mí me parece un consola... —interviene Ciro, pero se queda sin aire cuando lo interrumpo al estampar la caja contra su pecho. La toma con una maldición y alzo la cabeza para dispararle una advertencia con los ojos—. Un consuelo para sus manos, *coach*. Ya no necesitará batir la salsa a mano —corrige.

Bill escudriña el artefacto y lo sacude de un lado al otro. Por suerte sus anteojos están en el auto y no es capaz de ver la diferencia entre un juguete sexual y un electrodoméstico.

—No se necesita una batidora para hacer salsa, estúpido Hyland. Se nota que no heredaste el cerebro de tu madre.

—No, de ella heredé la belleza —informa el rubio con una sonrisa engreída antes de desaparecer dentro del edificio.

El entrenador, como insiste en que lo llamen a pesar de estar retirado, no es muy fan de los que se apellidan Hyland.

Le quito la tecnología de autoplacer para guardarla lejos de los ojos curiosos que transitan la calle. No quiero que se pregunten por qué un hombre de setenta y dos años usa un consolador a modo de maraca mexicana.

—Todavía no puedo creer que mamá y papá hayan aceptado esta clase de humillación para la única descendencia directa que dejarán en el planeta. —Me doblo por la cintura y tomo la última caja—. No es normal compartir piso con una compañera de veintitrés y tu abuelo. Es perturbador.

Me echo el bolso al hombro y lanzo la supuesta batidora a la caja.

—Solo serán tres meses. Deja de quejarte antes de que te haga correr para que conozcas el vecindario. Sabes que no soy tan anciano, ¿verdad? Si pude cargar con más de dos equipos y cuatro generaciones de zopencos en mis días como entrenador, puedo con un bolso y la PFG 500, multiuso, y con pilas recargables al sol para ir de *camping*, la cual quiero quedarme, por cierto. Haré pasteles.

Tyra tendrá más de un funeral por esto y me aseguraré de que haya la suficiente cantidad de donas como para que lamente no estar viva.

—Tu columna vertebral con más de siete décadas de existencia no dice lo mismo.

Salto para alcanzar la puerta del maletero del Jeep. Me lleva unos dos intentos cerrarla mientras sostengo las cosas apretadas contra mi pecho con el brazo derecho.

Heredé muchas cosas de mis padres como, por ejemplo, mi cabello. Mi madre es castaña y mi padre rubio, y como si hubieran puesto sus cabezas dentro de una licuadora, terminé con lo que parece una peluca multicolor con más de cinco tonalidades diferentes. También tengo los rasgos faciales de Kansas Shepard y el IQ de Malcom Beasley.

Pero no tengo la altura de ninguno. Soy una especie de liliputiense de dieciocho años, con mis cinco pies de estatura.

—Acompañé a mis dos hijas, tanto a Kansas como a Zoe, en sus primeros años de universidad, así que no te librarás de mí tan fácil, cariño. —Deposita un burlesco beso en mi sien antes de añadir—: Por cierto, átate los cordones antes de que caigas sobre tu ya sabes qué.

—Pero ya me gradué de la universidad, voy a empezar a trabajar como un adulto real —objeto—. ¿Lo recuerdas o tu memoria comenzó con los cortocircuitos?

Bufa mientras caminamos hacia la entrada.

—Cortocircuito, mi trasero. Mi memoria funciona tan bien como las articulaciones de mi pie en caso de que me vea obligado a metérselo a alguien en su retaguardia.

—¿Qué hablamos sobre espantar a los posibles amigos y compañeros de mi recién empezada vida adulta usando tu extremidad como bate de béisbol, abuelo?

Levanta las manos con inocencia:

—No firmé ningún contrato.

Niego con la cabeza.

Puedes alejar los traseros del pie de Bill Shepard pero no al pie de Bill Shepard de los traseros.

No estoy muy conforme con la idea de que él deba mudarse conmigo. En primer lugar, porque otra persona, en este caso una tal Ibeth Ridsley, tendrá que sufrir las consecuencias y, en segundo lugar, porque todo lo que quería era independizarme.

Supongo que estas son las consecuencias de tener un cerebro que va a toda velocidad. No es que me esté regodeando, pero tuve la suerte —o la perdición— de que mis neuronas cooperaran antes de tiempo respecto a cualquier cosa. Salté del kínder al preescolar y luego de unos pocos años empecé la preparatoria, la cual terminé tan rápido como para adentrarme a la universidad con quince años y hacer la carrera de periodismo en tiempo récord.

Mis padres estaban orgullosos, aunque también aterrados. Creyeron que me costaría adaptarme al ritmo de una vida adulta y conseguir un trabajo. Como tenía planeado mudarme a otra ciudad, pensaron que necesitaría a alguien que me acompañara hasta que las cosas se estabilizaran. Tengo a mis mejores amigos, Tyra y Ciro, quienes asisten a la Kordell Central University, pero eso no fue suficiente.

El abuelo, desde que se retiró, quiso comenzar a recorrer el mundo con la abuela Anneley. Sin embargo, con su lado sobreprotector y entrometido a la vista, estuvo más que de acuerdo con mis padres, y fue

el primero en ofrecerse a ser mi chaperón temporal.

Su esposa visitará durante estos tres meses de primavera a sus nietos en California, los hijos de Sierra Montgomery y Logan Mercury, mientras él me seguirá como Scooby-Doo y Shaggy tras una scooby-galleta.

Para el comienzo del verano, se hará una fiesta de despedida antes de que la pareja emprenda su viaje. Mientras tanto, debo sobrevivir a la sobrealimentación con pasta del abuelo y a su problema de gases, que...

Ahogo un grito cuando me piso los cordones y tropiezo hacia adelante. Hago el desesperado intento de no perder el equilibrio... y me comienzo a caer con la caja, pero un sujeto lo suficientemente rápido me la quita.

Y voy de cara al piso.

«Gracias por nada, desconocido».

Llego a poner las manos para que el impacto no desfigure mi rostro, pero de todas formas mi nariz hace contacto con la losa y mis codos al desnudo se raspan. Un ardor se extiende por mis brazos y, si tuviera abdominales, tal vez la colisión contra mi estómago no dolería, pero como soy partidaria de las hamburguesas, eso no pasa. Mis rodillas también se llevan una buena parte del golpe; estoy segura de que si tuvieran mente y cuerpo propio irían a denunciarme ante un juzgado por maltratarlas desde que nací.

Mi dedo pequeño del pie también las acompañaría a pesar de no estar involucrado con este incidente.

—¡Te dije que te ataras los cordones, Billy Anne! —grita el abuelo desde atrás.

Detesto que me llame así. Si lo dice otra vez, será mi pie el que se incruste en su prehistórico trasero, aunque si no pude evitar que me diga Billy Anne en los 219 meses de vida que llevo, no lo lograré ahora.

Fui víctima de los problemas incluso antes de nacer. El obstetra de mi madre, quien ya estaba cerca de su jubilación, les dijo a mis padres que era un niño. Ahora es claro que ese médico no veía ni un león de Katanga dentro de un vaso de agua.

Todo el mundo creyó que vendría con un pequeño pene al mundo, pero no fue así. Cuando nací y mi tía Zoella fue a conocerme junto al abuelo, pensaron que era un varón envuelto en una manta. Le dijeron a ella que querían que escogiera mi nombre y de su boca salió Billy en honor al viejo Shepard. Mis padres no se opusieron. Sin embargo, cuando tía Zoe fue a cambiar mi primer pañal, notó que no había dos canicas colgando al sur de mi cuerpo. Ella dijo que no podría llamarme Billy cuando era una niña, así que votó por Anne.

Al entrenador no le gustó ni un poco el cambio, por lo que llegaron a un consenso y desde entonces tengo un nombre compuesto: la jodida Billy Anne.

Utilizo tal adjetivo porque ahora estoy sobre mis manos y mis rodillas, con la cabeza levantada hacia el extraño que decidió salvar una caja antes que a otro ser de su misma especie. Esto es humillante a nivel espacial, con agujeros negros, planetas y el elenco completo de *Star Wars* incluido.

—Estoy acostumbrado a que me veneren, pero ninguna chica había sido así de literal antes. —Su sonrisa es ladeada y traviesa.

Lo miro un segundo más desde mis cuatro patas —si hablamos en términos caninos—, hasta que reacciono y en un parpadeo vuelvo a estar en posición vertical. Me agacho para recoger el bolso y regresarlo a mi hombro antes de sacudir mis manos para quitarme los restos de tierra.

—Fingiré que no acabo de oír el comentario más arrogante del año y que no decidiste salvar de una caída a un cuadrado de cartón en lugar de a mí.

Le quito la caja de las manos.

Excepto que no puedo.

Intento tirar de ella, pero este moreno de genética indudablemente buena y un ego en potencia no la deja ir. La retiene y ambos nos vemos enfrentados por sostenerla.

Debo estirar el cuello para verlo en su totalidad sobre la caja. Es altísimo, más que mi padre. Su cabello está desordenado, brillante y aparenta ser sedoso, lo que me obliga a morderme la lengua para no preguntarle qué champú usa porque el mío es desastroso. Sus cejas

naturales son más bonitas que las mías y acentúan un par de ojos cafés que destellan con picardía.

Entonces su mirada se desvía de la mía y cae en la caja.

Mis ojos se amplían y el rubor intenta prender fuego mis mejillas por el consolador. Pensamientos violentos se arremolinan en mi cabeza al recordar a Tyra. Me aseguraré de que sea la última Timberg que haya pisado la Tierra cuando regrese de su cita semanal.

La sonrisa del extraño crece en proporciones épicas.

—Es bueno saber que algunas chicas saben entretenerse a sí mismas —reflexiona.

Admito que tiene la voz ideal para usar en un comercial de condones. Creo que le compraría todos los sabores y texturas.

—Mi nieta no disfruta de la PFG 500 —se entromete el abuelo. Las cejas del extraño se disparan hacia arriba cuando Bill se acerca, mete la mano en la caja y saca el artefacto—. Yo le daré mucho más uso. A mí me encantan este tipo de cosas. —Señala con el consolador al chico y luego a mí—. No estoy muy viejo, sé usar esto en contra de tu creencia sobre que no manejo la tecnología actual.

¿Por qué se me ocurrió decirle que era una batidora eléctrica?

Mis ojos se deslizan del rostro del vejstorio al del moreno, quien aprieta los labios con educación para evitar lanzar una carcajada. Aprovecho el momento y le quito la caja. Sus manos quedan suspendidas en el aire y aclaro mi garganta:

—¿Saben qué? Creo que fue suficiente sociabilización por un día. —Como tengo los brazos ocupados, giro y pego mi espalda a la del abuelo para guiarlo dentro del edificio—. Las cosas no se desempacan solas y todavía tenemos que conocer a la desgraciada que tendrá que vivir con nosotros.

Bill sacude el objeto como si fuera una bandera en el Día de la Independencia para despedirse del desconocido. Logro hacerlo atravesar el umbral al mismo tiempo en que Ciro sale del elevador. Le hago un ademán con el mentón para que regrese a su lugar; él retrocede, sigiloso, como en las películas de espías que le gustan, y sostiene las puertas para esperarnos.

—¡Hey! —llama el extraño desde la acera, y me vuelvo hacia él.

—¿Sí?

—Espero que tu abuelo se divierta con la PFG 500. —Tose para disimular la risa y esconde las manos en los bolsillos de sus *jeans*.

Corro hacia el ascensor en el intento de escapar de mi vergüenza.

—Me encontré con ese tipo aquí mismo —comenta Ciro al tomar con gentileza la caja de mis manos mientras los tres ascendemos tras presionar el botón—. Creo que vive en el mismo piso que vivirás tú, ¿acaso te molestó, Annie?

Con un suspiro me cruzo de brazos, cierro los ojos y apoyo la frente en su hombro. Bueno, no en su hombro, porque no llego, pero sí en su brazo.

—No, pero por alguna extraña razón siento que en algún momento lo haré.

—En ese caso, no dudes en avisarme. Podría darle una advertencia verbal y Tyra... —chequea su reloj para asegurarse de que todavía no debe recogerla— se encargaría de la física. Ya sabes que es bastante agresiva cuando quiere.

—Me sorprende que a veces uses el cerebro como algo más que un mero objeto decorativo que tienes ahí adentro, Hyland —reconoce Bill antes de levantar el consolador—. En fin, si ese sujeto te molesta, me lo dices de inmediato. Le meteré mi batidora por el trasero.

A diferencia del extraño, Ciro ríe sin piedad. Su cuerpo entero tiembla de gracia y me aparto cuando el abuelo empieza a preguntarle qué es tan gracioso.

Miro las puertas del elevador y reprimo una sonrisa.

Es hora de conocer a Ibeth Ridsley.



Capítulo II

Crisis de identidad

Jaden

Acabo de bailar en un club de *strippers* por primera vez. Me caí del caño, pero estoy bien. Enviaron una ambulancia e hice sonar la sirena (la del ambulanciero, porque me acosté con él en la parte de atrás).

¿Qué tal tu noche?

¡Estoy algo ebrio, no recuerd mi nombre! ! !

Suerte con eso, Jae-Jae. Te amo hasta y después de la tumba, pero no mueras antes, porque soy la hermana mayor por 3 minutos y 5 segundos.

Tampoco me mates por lo que encontrarás en el departamento.

—¡Aiden! —grita un emocionado Inko.

Casi se me cae el teléfono del susto cuando me rodea por los hombros y apoya gran parte de su peso en mí.

—¿Qué? ¡No! —Deslizo el móvil en mi bolsillo y nos tambaleamos alrededor de un árbol—. Estoy seguro de que no me llamo así. Mi nombre debe ser extrañamente espectacular, algo como... —Re-

tengo el aliento, pensativo—. Palmiro o Demócrito... ¡no, espera!
—Me detengo en seco y nos sostenemos las miradas—. ¡Tal vez me llamo Umeko!

Enarca una ceja y tira de mí para que avancemos. Estamos cerca de mi departamento.

—¿Y cómo llegas a la conclusión de que tu nombre es extrañamente espectacular y de origen italiano si no recuerdas cómo te llamas?

—Porque parezco tallado por Miguel Ángel. —Hago un ademán a mi rostro y él ladea la cabeza, intrigado.

—¿Te viste en un espejo desde que pedimos la primera cerveza?

—No, pero estoy seguro de que soy por lo menos un 8. —No acepto ser menos que eso—. ¿Tú qué opinas?

Me separo de él y paso los dedos a través de mi cabello. Acomodo el cuello de mi camisa y meto ambas manos en los bolsillos delanteros de mis *jeans* antes de regalarle la mejor expresión seductora que se me podría ocurrir para una foto.

Se cruza de brazos y me escanea con sus ojos grises.

—Date la vuelta, Edén.

Comienzo a hacer lo que me dice, pero lo señalo con el índice a media acción.

—No creo llamarme Edén tampoco, y ni se te ocurra tocar. No quiero tus huellas dactilares sobre esta mercancía.

No definiría una sesión de modelaje un sábado por la madrugada frente a un local de salchichas alemanas como algo normal, pero con la cantidad de alcohol en sangre que tengo, ya ni sé qué lo es.

Creo que ni la gente sobria sabe lo que es normal en este punto de la humanidad y de la vida. Me agrada.

A la mierda lo normal.

—Hay que admitirlo, eres guapísimo. Un 9,5 según mi apreciación. —Suspira a mis espaldas—. O sea, ¡échale un vistazo a esa retaguardia! Ese trasero es como un 11, Kaden... ¡Kaden, te llamas Kaden!

—No me llamo Kaden.

—Pero si no sabes cómo te llamas, ¿por qué estás tan seguro de que no te llamas como yo te llamo?

Si uno busca en Google «Meme Mike Wazowski», obtiene la forma en que nos estamos contemplando justo ahora.

Fracaso en intentar entender lo que dijo. Es como si me hablaran de los tornados de fuego. No sé nada sobre ellos; no sé que se forman cuando las llamas se combinan con corrientes de viento tumultuosas y tampoco sé que el aro de aire alrededor del torbellino alimenta el oxígeno fresco. Y, por supuesto, que jamás sabría que pueden llegar a alcanzar entre los 30 y 160 pies de altura... ¿Por qué diablos recuerdo cómo se forma un tornado de fuego y no mi nombre?

Supongo que ver a la chica del clima con mi erección matutina me ha nutrido de conocimiento.

—No volveré a beber —prometo al pasar las manos por mi rostro, frustrado.

Inko ríe.

—Es como si yo dijera que no volveré a cantar, Jaden.

Nos quedamos inmóviles antes de saltar por el descubrimiento y señalarnos al mismo tiempo. Nuestras mentes establecen una lenta, pero segura conexión telepática.

—¡Jaden! —recordamos al unísono.

Nos abrazamos y nos damos palmadas en la espalda como padres orgullosos. El hallazgo es motivo de festejo hasta que lo siento temblar contra mí. Me separo de él y veo lágrimas acumuladas en sus ojos.

—Amigo, ¿estás bien?

—Lo siento, es que estoy feliz de que descubrieras tu verdadera identidad. —Su respiración es cada vez más rápida cuando se limpia el rostro con el dobladillo de su camisa—. Todos merecen saber quiénes son, y esto es tan...

Levanta la mirada al cielo y lo imito. No sé qué está buscando ahí arriba. No va a encontrar nada. Es de noche y está oscuro.

—Es tan inspirador... Me dan ganas de cantar —termina.

Inko es como las princesas de Disney. Ante la mínima oportunidad, procede a dar un concierto.

Se parece mucho a mi hermana con su estilo de vida fiestero. A Ibeth siempre le gustó explorar, pero desde que rompió con Rilton

hace dos semanas, se convirtió en un libro de aventuras con pies. Si me viera en este estado, no me regañaría. La abuela tampoco. En nuestra pequeña familia apoyamos las estupideces ajenas tanto como las propias.

Solo somos ellas y yo. El abuelo murió antes de que nacióramos a causa de un cáncer de páncreas y nuestro padre lo siguió cuando éramos niños con la misma enfermedad. ¿Nuestra progenitora? Mejor no hablar de ella.

Ibeth y Evelyn Ridsley son todo lo que tuve —y tengo—. Mi hermana es un descontrol y la abuela es un dolor en el trasero ocasional, pero la primera siempre se controla cuando la necesitamos y la segunda solo busca cuidarnos como nuestra madre debió y debería hacerlo a pesar de que ya somos adultos.

Si tuviera la mitad de la fuerza de voluntad o el coraje de ese par, sería invencible. Y dado que ambas toleran el alcohol de una forma antinatural, no estaría alcanzando el nivel máximo de idiotez justo ahora.

—Extraño a mi abuelita.

La madrugada y la cerveza pueden sacar tu lado más filosófico, estúpido o, en mi caso, sensible.

—También extraño a tu abuela —coincide mi amigo en un lamento.

—Tú no conoces a mi abuela.

—Entonces extraño que extrañes a tu abuela, aunque ya la estés extrañando. —Me da una palmada en el hombro con una expresión desolada—. Que en paz descanse, por cierto.

—Pero ¿qué dices? ¡No está muerta, Inko! —Me zafo de su abrazo y subo los escalones hacia la puerta de mi edificio—. Mucho alcohol por hoy. ¿Te quedas a dormir en el sofá o te vas a tu casa?

Hurgo por las llaves en mi bolsillo y sacudo la cabeza en el intento de hacer reaccionar a las neuronas que aún me quedan, o apurar el proceso de producción para que aparezcan otras.

¿Cómo se crea una neurona? Quiero la receta. La necesitaré para recordar en qué piso vivo.

—Me voy a casa —responde cuando abro la puerta y me giro para hablarle, pero se me adelanta con un ademán para restarle importancia—: ¡Ya lo sé, ya lo sé! Debo enviarte un mensaje cuando llegue para que sepas que no me caí en una alcantarilla. No necesitas recordármelo cada vez que salimos, mamá Inca.

En realidad, lo necesito. No me importa si se burla de mí al llamarme como su madre —por cierto, ¿quién se llama Inca y le pone a su hijo Inko?—. En fin, si quiere puede enviarme una señal de humo o una paloma mensajera, pero debo saber que está fuera del peligro externo y roncando sobre su cama, la mesa de su cocina o en la bañera.

Es un imbécil, pero lo quiero.

—Entonces nos vemos el lunes, Brevis. Que la resaca no te mate.

Es nuestra línea usual tras las noches de copas, como esas frases icónicas que se dicen dos personajes y luego los fanáticos no pueden parar de repetir. El «¿Después de todo este tiempo? Siempre» de Harry Potter, o el «Eres mi persona» de *Grey's Anatomy*.

—Que la resaca no te mate, Ridsley. —Se aleja tras tambalearse un poco, pero eso no le impide cantar e incluso dedicarle unas líneas al trabajador municipal que conduce el camión de la basura y se sonroja al oírlo—. «*Last night you were in my room, and now my bed sheets smell like you. Every day discovering something brand new, oh, I'm in love with your body*».

Eso suena familiar.

Shape of you de Ned Sheeran, por supuesto.

O Fred Sheeran.

Tal vez Ed.

—Tengo un problema con los nombres esta noche —admito dentro del elevador.

Me paso ambas manos por el rostro y, tras suspirar con pesadez, empiezo a reír al recordar el nombre Umeko. Soy genial.

Es tradición salir a beber los viernes por la noche para celebrar el fin de la jornada laboral. Bernardo suele acompañarnos, pero hoy tenía su primera cita luego de una dolorosa ruptura que lo dejó con visitas regulares al psicólogo. Lo más probable es que se aparezca sin avisar por la mañana con media docena de huevos para que me ponga

mi delantal y le prepare el desayuno mientras él cuenta el chisme.

Entro al ascensor recubierto de espejos y vacilo al ver tantos números en el tablero. ¿En qué piso vivo? Me gusta el 3 porque es el número del *quarterback* de los Denver Broncos, así que lo oprimo, aunque me arrepiento al instante porque debo vivir en el 12. Ese es el número de la estrella de los Buccaneers. Oprimo ese botón también, por las dudas, pero luego se me ocurre que podría vivir en el piso 87 en honor al guapísimo de Travis Kelce, de mis amados Chiefs.

¿Tiene 87 pisos el edificio? Porque demandaré al fabricante por falta de botones.

¿Pensó que iba a caminar más allá del noveno, donde vivo?

Levanto la palma emocionado para chocarla con Inko una vez que logro hacer memoria. Luego recuerdo que se fue y la choco con mi reflejo.

—Eres Einstein, campeón.

Mientras asciendo pienso en el increíble gesto que tuvo Ibeth al ofrecerme mudarme con ella, aunque si tengo en cuenta que pago la mitad de la renta, creo que fue más un plan de negocios que un favor desinteresado de su parte. De igual manera ambos nos beneficiamos. Hasta que no consiga el ascenso que busco, no puedo moverme de aquí. Tengo que cuidar mi bolsillo.

A veces es un problema. Cuelga sus calzones en la llave de la ducha, se depila con mis máquinas de afeitar y no recarga las botellas de agua; las deja vacías en la nevera para que otro idiota las rellene, y el único idiota que vive con ella soy yo. Lo único positivo de vivir con un hermano es que ambos podemos enviarnos al diablo sin problemas. Con un amigo intentaríamos contenernos para no empeorar o arruinar la relación, pero ¿con un pariente? Ella podría amenazar con hacerme un collar con la tapa del retrete y reiríamos por ello al día siguiente.

Eso es amor.

Al llegar a mi puerta, veo un tapete bajo mis pies que, a pesar de haber bebido más de tres cervezas, estoy seguro de que no estaba allí antes.

«Si no eres un vendedor de galletas, saca tu trasero de mi entrada».

Ibeth dijo que iba a redecorar, pero no me esperaba esto. Al entrar,

empiezo a desabotonarme la camisa y cierro la puerta con el talón. Me despojo de mis zapatos demasiado agotado como para agacharme y sacarlos de la manera correcta.

—¿Te dormiste otra vez en el sofá? —Lanzo el celular y las llaves sobre el mostrador de la cocina al oír un ronquido cercano y divisar un bulto bajo una manta—. Tenemos que trabajar en esto, ¿sabes? Estoy cansado de cargarte hasta tu habitación. No sé si estabas enterada, pero estoy envejeciendo a pesar de que en el exterior parece que rejuvenezco.

Descanso las manos en mis caderas y suspiro cuando no se inmuta. Hago una sentadilla, paso uno de mis brazos bajo sus rodillas y el otro a través de su espalda. La levanto.

O eso intento.

De pronto, ella pesa lo que podría pesar un anciano de setenta años al que le gusta mucho la pasta.

Es alta, casi tanto como yo, y nunca pesó lo equivalente a una pluma, pero jamás tuve muchos problemas en cargarla. Empecé con el papel de grúa cuando tenía quince. La primera vez que la cargué hasta su recámara fue cuando su primer novio la dejó y se cansó de romper cosas en la casa. Se quedó dormida en el sofá y, como era mi primera vez cargando a una chica, no fui muy cuidadoso: le di la cabeza contra un jarrón y una puerta sin querer.

O queriendo de forma inconsciente, pues se negaba a compartir sus cremas hidratantes...

—¿Comiste ladrillos de postre? —Hago otro intento por levantarla—. Porque puede que no haya mucho en la nevera, pero aún tenemos lo suficiente como para no recurrir a comer materiales de construcción.

No puedo moverla. Eso me exaspera porque no coopera y no dejaré que vuelva a dormir aquí porque babea los sillones y, cuando le duela el cuerpo, me arrastrará a una clase de yoga para no ir sola. Así que me preparo. Cada músculo de mi cuerpo se tensa. Dicen que la tercera es la vencida.

—¿Abuelo? —inquiere alguien cerca de mí antes de que las luces se enciendan.

Entonces grito.

Y ella grita.

E Ibeth en mis brazos gri... ¡Mierda!

El señor de la PFG 500 grita.

Después de todo, supongo que sí pesaba lo mismo que un anciano de setenta años.



Capítulo III

Candados al sur

Billy Anne

—Yo... —señalo la habitación a mi espalda—, puedo volver más tarde si quieren, chicos.

Dejan de gritar para observarme en silencio. Todavía intento procesar que el desconocido de esta mañana se coló en mi nuevo apartamento y está en medio de la sala con mi abuelo entre sus brazos. Esto es incómodo al nivel de encontrarte por la calle con alguien que conoces y tienes la certeza de que te conoce, pero simulan no conocerse. Ese es el grado de tensión que hay en este lugar, pero elevado al cubo.

Bill, quien del susto envolvió los brazos alrededor del cuello del moreno, parpadea para salir de su estupefacción y cierro los ojos porque sé lo que se aproxima.

—¡Bájame antes de que llame a la policía, zopenco desvergonzado! ¡Ponme en el suelo para que pueda turnar mis pies a incrustarse en el fondo de tu gran y pestilente trasero!

Las cejas del chico se elevan con sorpresa ante el sucio vocabulario:

—¿Que usted hará qué con mi trasero?

—¡Ya me oíste! Te mandaré de una patada a Suazilandia en cuanto me bajes —amenaza al removerse inquieto—. ¿Cómo te atreves a entrar a propiedad privada, hijo de la gran...?

Pisoteo la losa con mi pantufla de conejo. Son las tres de la mañana y ni siquiera es mi tercer día aquí.

—¡Suficiente! ¡Baja a mi abuelo, ahora! —ordenó con los brazos en jarras—. ¡Y tú, deja de gritar porque me haces gritar y no me gus-



ta gritar! —espeto al anciano—. Ahora los vecinos nos odiarán por gritar, así que gracias por nada, par de idiotas. ¡Nos comportaremos como personas civilizadas y vamos a hablar de esto con una voz de cuarenta decibeles, que es la correspondiente a una conversación normal! Si no quieren hablar como seres pensantes, les meteré sus cabezas dentro de sus retaguardias.

El desconocido, que está a medio camino de bajar a Shepard, queda helado. El abuelo se aferra con más fuerza a él mientras me miran como un soldado a su superior.

Mamá y tía Jamie estarían orgullosas de mí.

—Esa... —El extraño deposita al abuelo en el piso con lentitud—. Esa fue la amenaza más caliente que escuché en mi vida.

No hay forma de que este violador de la propiedad privada salga con vida de aquí si la pequeña sordera del abuelo no le imposibilita oírlo.

—¿Estás borracho? —Entrecierro los ojos.

Sonríe. Intento no pensar en que podría bajarme los pantalones si me lo pidiera, porque esa sonrisa es del tipo que le quita la ropa a cualquiera.

—Define borracho, amor.

—¡Tú...! —Gruñe el abuelo con un tic en el ojo, a punto de abalanzarse sobre él.

Me apresuro a interponerme entre ellos y planto una mano sobre el corazón del vejstorio.

—No hagas de mi noche una todavía más emocionante al tener un infarto. —Lo ayudo a tomar asiento mientras su índice sigue levantado hacia el infractor—. Y tú, repórtate antes de que llame a la policía —pido al chico al girarme.

Solo que no veo su cara.

Veo una tetilla.

—Y ponte tu camisa de vuelta. —Me dejo caer junto a mi ascendencia.

—Estoy bien así, gracias. —Se sienta en el sillón individual que resta y cruza un tobillo sobre su rodilla, cómodo—. Soy Jaden, vivo

aquí. —Extiende su mano—. ¿Y por qué tengo el placer de encontrarlos usurpando mi humilde morada?

El abuelo parece tener la intención de morderle la mano dado que le muestra su dentadura, así que empujo su arrugada frente hacia atrás por las dudas.

—Espera, ¿qué? —Frunzo el ceño—. Aquí vive Ibeth, ¿eres su novio o...?

Arruga la nariz.

—No sé de dónde vienes, pero aquí no hacemos eso. Es asqueroso, ella es mi hermana.

Tal vez me golpeé la cabeza cuando caí en la acera esta mañana, o puede que este sea un sueño y jamás me haya despertado al oír la puerta, por lo que tampoco salí de la cama vestida con esta vieja camiseta de fútbol americano de papá ni con las pantuflas de *Oryctolagus cuniculus*.

—Eso no es posible. El aviso que le llegó a mi tía decía que tu hermana vivía sola y, cuando hablé con Ibeth, me dijo que tenía espacio suficiente para mi abuelo y para mí.

Me siento desorientada. Para alguien que sabe leer desde un mapa edafológico hasta guiarse con las constelaciones gracias a las clases de astronomía avanzada, esta es una situación complicada. Ni siquiera sé dónde estoy parada y no tengo la suerte de ser ese tipo de personas que lidian con facilidad la pérdida del control. Admiro a los que pueden mantener la calma ante la adversidad.

Pero yo entro pánico, al menos por dentro.

—No se supone que hubiera testosterona juvenil aquí. —Bill frunce el ceño y se arruga más que una pasa—. Creo que deberías salir y volver a leer el bonito tapete que puse a modo de bienvenida en la entrada, ese que dice que si no eres un vendedor de galletas puedes... —El extraño, ahora no tan extraño, lo interrumpe al ponerse de pie.

—Maldita sea, lo hizo otra vez —escupe antes de desaparecer por el corredor con las manos enterradas en el cabello.

No puedo creer que tengo que lidiar con un hombre borracho y medio desnudo y, a su vez, con el abuelo y su tic nervioso que persiste mientras fija la mirada en la pared. Creo que está contando números,

letras, jugadores de los Kansas City Chiefs y métodos de tortura a la vez. Esto no es bueno para su presión alta.

—Iré por él, no te preocupes, solucionaré esto. —Me pongo de pie y retrocedo con cautela, sin darle la espalda—. Solo mantente quieto y evita tener un ataque agudo de miocardio, porque si lo tienes, llamaré a tía Akira. Y si no lo tienes, pero te atreves a levantarte de tu lugar y hacer el intento de aniquilar a ese rascacielos humano llamado Jaden... también la llamaré. Te disparará con un tranquilizante.

—Billy Anne... —advierte con un suspiro tembloroso—, quiero meter mi pie en trescientos traseros diferentes en este instante.

—Lo arreglaré, tranquilo.

Paso frente la puerta del baño y la de mi nueva —y posiblemente vieja, si no aclaramos este malentendido— recámara. Sin embargo, no lo encuentro. Por descarte, me enfrento a la habitación cuya puerta tiene un adhesivo que cita a Mae West: «Solo vives una vez, pero si lo haces bien, una vez puede ser suficiente».

Mi futura compañera nos dijo por llamada que no había problemas con que mi abuelo viniera a quedarse con nosotras unos meses. Creo que esa fue la primera señal de esta gran estafa. Luego, tía Zoe vino a ver el departamento mientras mis padres y yo visitábamos a otra de mis tías —en Nueva York, quien vive con su marido, Ben, y a mi prima, Kenna—. Tengo como seis docenas de tíos de corazón.

Ibeth le dio una copia de la llave a Zoe y ella me la dio a mí. No es como si hubiera forzado la puerta cuando ayer toqué y nadie contestó. La tía dijo que la chica parecía ser toda una fiestera, así que asumí que saldría de copas y me limité a tomar la habitación con la puerta lisa. Pensamos que la otra era su habitación, pero en cuanto entro y veo una cama al desnudo, tres cajas apiladas y al ya no tan extraño muchacho, quiero mi reembolso.

—Siempre hacen lo mismo, siempre me dejan —se queja bajo su aliento.

¿Quién dice que vivirá contigo y deja, sin avisar, el culo de otro en su lugar? No solo es deshonesto, sino irrespetuoso. Al final, ella no me dio la opción de elegir si quería vivir aquí en estas circunstancias. Tampoco le dio la opción a su hermano. No nos tomó en cuenta y

arregló la situación para que saliera a su favor, aunque no sé qué gana con esto.

Avanzo hasta que estoy junto a él y contemplamos las paredes desnudas. Un huracán de ira está en proceso de creación en mis adentros, pero también uno de agotamiento. Terminan por fusionarse y dejan una catástrofe que llamo «derrota».

Se supone que todo sería mejor aquí; me independizaría a pasos de bebé, pero lo haría. No volvería a ver a Lennox ni llamaría a mis padres cuando las cosas marcharan mal porque me las arreglaría y les demostraría que puedo manejar la vida adulta. Me frustra empezar así de mal, pero estoy segura de que si me voy a dormir, olvido esto por un par de horas y me dejo caer en los brazos de los cuatro Chris (Chris Hemsworth, Chris Evans, Chris Pine y Chris Pratt), mañana despertaré lista para afrontar este problema, encontrarle una solución, y patear el trasero de Ibeth, si es necesario.

—Necesito pensar en otra cosa porque, si no, querré matar a mi hermana y saldré en esos episodios de *Investigation Discovery*. ¿Puedo hacerte una pregunta, Billy Anne?

Giro mi rostro y noto que está demasiado cerca, tanto como para que pueda olfatear la cerveza en su aliento.

Que alguien le consiga un cepillo de dientes, por favor.

—¿Recuerdas mi nombre a pesar de estar al borde de un coma alcohólico?

Me sonrío y retrocede. Pasa de lucir enojado y frustrado a estar en modo galán-que-quiere-postre en menos de un minuto. No llegaré a ningún lado al hablar con él en este estado, así que dormir se aplica para ambos. Lo necesito con su cerebro a medio funcionamiento por lo menos.

—Es difícil olvidar los nombres feos. —La parte posterior de sus rodillas toca la cama y se deja caer para elevarse sobre sus codos.

Me cruzo de brazos e intento que mis ojos no bajen de su cuello. Luce como un *stripper* sacado de *Magic Mike*. Hasta las semillas germinarían a velocidad luz si tuvieran ojos para verlo.

—¿Preguntarás lo que querías o ya puedo noquearte para que te duermas?

Esos ojos chispeantes se quedan quietos en mi camiseta. Es de cuando mi padre jugaba para los Jaguars de Betland en su época universitaria. La encontré en su armario una vez que jugué a las escondidas con Tyra y Ciro de pequeña. Papá vio cuánto me gustaba y me la regaló. También, ese día, me llevó a comer hamburguesas a pesar de ser un antimalasgrasas.

Y mi madre se enojó porque no la llevamos con nosotros.

—¿Traes algo bajo esa camiseta?

Lo miro de la misma forma que miré a mis padres al otro día de ir por la hamburguesa, tras escuchar cómo papá le compensó a mamá el no haberla llevado. Mis mejillas se encienden como un árbol en Navidad.

—Sí, un candado vaginal que nunca podrás abrir, y bajo mi pantufla se esconde algo que quiere conocer el trayecto hasta tu trasero. Solo... —Sacudo la mano, exasperada—. Duérmete, Jaden. Mañana solucionaremos este inconveniente.

—¿El de tu candado vaginal? Porque me apunto a intentar dar solución a eso.

Le lanzo una mirada desaprobatoria y flexiona los brazos tras su cabeza al tiempo que cruza un tobillo sobre el otro. Vuelve a sonreír y la imagen es...

—Ignoraré eso. Ojalá tengas una pesadilla.

Al cerrar su puerta, me apoyo contra ella y masajeo mis sienes, tal cual lo hace el abuelo cuando alguien le da jaqueca, lo que se reduce a todo el mundo.

—Tomaremos turnos, yo lo vigilaré las primeras dos horas. —Me sobresalto al encontrar al anciano sentado en una silla a mi lado, con la PFG 500 en mano como el guardia de seguridad de un club nocturno—. Es obvio que el zopenco no miente respecto a quién es porque tiene una llave y conoce a Ibeth, pero no me fío de él. —Mira a la pared tan concentrado como si estuviera en un operativo militar—. Lo golpearé si intenta fugarse. No saldrá de aquí hasta darme más respuestas, una solución, una disculpa y seis millas.

—¿Y lo dejarás inconsciente con tu nueva batidora?

—No, tengo un bate de béisbol. —Se encoge de hombros.

Me pongo en cuclillas frente a él y descanso mis manos en sus rodillas.

—No tienes que hacer esto, abuelo. Deberías dormir.

Rueda los ojos.

—Habrá mucho tiempo para dormir cuando esté muerto, Billy Anne. Mientras esté vivo, me mantendré despierto a la espera de patear los traseros que sean necesarios.

Se me escapa una risa a pesar del cansancio.

—Creo que tenemos un problema con los traseros, Shepard.

Estira su mano libre y ahueca mi mejilla.

—Es genético, Beasley. —Me guiña un ojo.



Capítulo IV

Tu redondez

Jaden

—Esto asusta como la mierda. —Me froto el ojo izquierdo.

Acabo de arrastrarme fuera de la cama con un dolor de cabeza terrible para encontrar a un anciano que custodia —o, mejor dicho, dormita— en mi puerta con un consolador.

Lo paso como si fuera cotidiano hallar abuelos con potenciales armas sexuales en mi departamento, en mi día a día. Con el cabello hecho un lío, los ojos lagañosos, sin camiseta, el botón de los *jeans* desprendido y descalzo, hago el desfile matutino por el desayuno.

—Buenos días. —Suspira alguien, pero estoy muy ocupado al dirigirme al amor de mi vida: la cafetera—. Veo que el Jaden borracho tenía algo a su favor que este no —añade cuando alcanzo la caja de medicamentos sobre la heladera y busco por una aspirina primero—. Por lo menos el tú de anoche era un poco más educado.

Está sentada en el taburete al final de la barra, con las manos alrededor de una taza de té y una expectante ceja arqueada.

—No proceso ningún tipo de información sin antes haber desayunado, así que espera a que le dé el primer sorbo a mi café antes de dispararme con el misil de preguntas con el que me estás apuntando, amor.

Trago la pastilla y me inclino sobre el grifo. Para matar dos pájaros de un tiro, me lavo el rostro ahí mismo.

—No me llames amor.

—De acuerdo, candado vaginal.

Sonríó al restregar una mano por mis ojos mientras con la otra me apoyo en la pared de azulejos.

—No esperabas que recordara eso, ¿verdad? —inquiero, entrete-nido.

—¿No dijiste que hasta que no bebieras tu café tu cerebro no funcio-naba? ¿O fue una excusa para evitar decir que jamás funciona?

«Es buena esquivando conversaciones que no quiere tener», pienso.

Me seco el rostro con el trapo que cuelga de la manija del horno antes de llenar mi taza.

—Tú podrías ser mi nueva especie de café matutino. Ya sabes, dado que ahora somos compañeros.

Tengo un orgasmo olfativo al inhalar el aroma. Bendito café.

Me inclino sobre la barra frente a ella. El té quedó a medio camino de su boca mientras fija sus ojos en los míos con los codos sobre el mármol. Son verdes y moteados de color... Café.

Sonríó sobre la taza con descaro. Me gusta mi café y me gusta su café.

—Ni siquiera hablamos del problema y tú ya actúas como si le hu-bieras encontrado una solución. —Frunce el ceño como si no lograra comprender por qué le sonríó—. Así que dejaremos de lado un par de hechos: el tropiezo que tuve frente a ti, ese donde salvaste la caja en lugar de mi cara; el abuelo Bill y su supuesta batidora, y tu borrachera.

—Eres controladora, Billy Anne.

Me apunta con el índice:

—Para ti soy Billy, no Billy Anne.

—Espera... ¿Tu abuelo no se llama Bill? Me los confundiré.

Pone los ojos en blanco como si hubiera oído el comentario cien-tos de veces. Ahora que no estoy burlándome de ella por tener un consolador que sobresale de una caja y ya no queda mucho alcohol en mi sistema, me doy cuenta de un par de cosas en lo que se refiere a su aspecto: en primer lugar, su cabello no es de un solo color. Parece como si le hubiera cortado un mechón a cada chica de su clase —asu-mo que es una *freshman* en la universidad— y se hubiera confeccio-nado una peluca casera. En segundo lugar, no se depila las cejas. Son

gruesas y están más despeinadas que yo. Acentúan sus ojos y eso me gusta. Su *look* en general grita que recién sale de la cama y todo lo que tiene que ver con una cama es de mi absoluto agrado.

Sobre todo, la siesta.

En tercer lugar, tiene un maldito lunar bajo el ojo, ¿cómo se supone que tendré la fuerza de voluntad para abotonarme el pantalón cuando esa cosa está ahí, frente a mí, toda sensual en su redondez?

—No habrá confusión porque no nos quedaremos aquí. —Destroza mis fantasías con la decoración de su epidermis—. O tú no te quedarás, depende.

—¿Disculpa?

—Ya me oíste, nudista. —Salta para bajarse del taburete y rodea la barra para dejar la taza en el fregadero. La sigo con la mirada y recuerdo lo baja que es. Mide lo mismo que un oso bebé (si supiera cuánto mide un oso bebé, claro)—. Llama a tu hermana, tenemos que hablar. Y hazte un favor a ti mismo y ponte una camiseta. Mi abuelo te lanzará del balcón si te ve...

—Lo patearé del balcón —corrige alguien con voz ronca—. Hay una sutil diferencia entre lanzarlo amablemente con mis manos hasta el otro lado de la ciudad y enterrar mi zapato en su retaguardia para hacerlo, Billy Anne.

Alguien no despertó de buen humor...

Billy Anne

Escondo el rostro entre mis manos en cuanto el abuelo se sienta a mi lado y deja caer el consolador sobre la mesa.

—Creo que no me presenté de manera oficial. Soy Bill Shepard, tu peor pesadilla si no te comportas alrededor de mi nieta.

El moreno se ahoga con su café.

Pienso que no debe ser una forma horrible de morir. Es decir, yo soy del equipo del té, pero si hay alguna muerte dulce debe ser aquella donde lo último que saboreas es tu comida o bebida favorita.

Morir mientras saboreas una patata frita sería genial.

—¿Bill Shepard? —Jaden se limpia la boca con el antebrazo y cuadra los hombros—. ¿El Bill Shapard?

—El Bill Shepard. —Asiento.

Con eso me doy cuenta de que estamos ante un fanático del fútbol americano.

—No, espera. —Alza la mano como si al mostrar su palma pudiera detener el tiempo—. Tú eres su nieta. —Me apunta con el índice—. Y él es El Bill Shepard. —Lo señala—. Entonces tu padre es...

—El Malcom Beasley —respondo por él.

Ridsley deja de parpadear.

—Y su madre es La Kansas Shepard —añade el abuelo, porque le gusta darle el mismo protagonismo a mamá, aunque no sea la que sale en televisión, sino la que ayuda tras bambalinas—. Será mejor que salgas de tu estupefacción y llames a Ibeth antes de que te conviertas en El Jaden que voló hasta Samoa Americana.

El rubor se extiende por sus mejillas. ¿Se avergonzó por sonar como un fanático por un momento?

Ruborizarse es una reacción orgánica natural. Los vasos sanguíneos se dilatan y fluye más sangre de la usual, por eso el color. Es normal, de lo más cotidiano que hay, pero este tipo tiene un ego del tamaño de Júpiter y una confianza comparable a la circunferencia de Urano. ¿Por qué se sonrojaría como Marte por esto? Con su confianza esperaba que hasta se autoinvitara a mi próxima cena familiar, no que se sumiera en este silencio incómodo que es interrumpido por alguien que intenta abrir la puerta.

El abuelo agarra el consolador.

Yo lo agarro a él.

—¿Listo para oír sobre mi noche, primor?! —grita alguien del otro lado—. Traje huevos de los comestibles, mis segundos favoritos. Los primeros derivarían en canibalismo... ¡En fin, ponte tu *sexy* delantal! —Un muchacho entra con dos bolsas de compras y lentes de sol a pesar de estar bajo techo—. Y si lo usas sin camiseta debajo, mucho me... —Se detiene en seco tras cerrar la puerta con su pie y notar nuestra presencia.

El abuelo y yo mantenemos la no-batidora entre nosotros.

—¿Eres gay? —pregunta el descarado *coach* a Jaden, quien abre la boca en vano porque Shepard se adelanta—: ¡Sabía que la pesadilla no se repetiría tres veces! —Levanta los brazos al cielo antes de bajarse del taburete como un niño pequeño en Navidad.

Me quedo con el consolador en la mano.

—Ahora podremos vivir los tres sin problema —sigue un contento Bill—. Bueno, siempre que no intentes espiarme en la ducha —advierte—. Te haré correr el equivalente a mis años en millas si te veo en modo curioso.

Miro a Jaden con ojos bien abiertos y un claro mensaje que le transmito vía ocular:

«El abuelo se convertirá en caníbal cuando sepa que no te gustan los huevos no-comestibles».

Me mira en respuesta:

«Vivamos el presente, no el futuro. Tenemos vía libre para coque-tear ahora».

«No haré eso ni en presente ni en futuro», le digo.

Sonríe:

«¿Quieres apostar?».

—Soy Bill. —Le estrecha la mano al recién llegado, quien lo mira confundido—. Es un placer conocerte... Por ahora. En cuanto me fastidies, dejaré de serlo.

El muchacho de las bolsas levanta sus lentes sobre su cabeza.

—Soy Bernardo, y Jaden no es mi no... —El susodicho se rasca la nariz como si estuviera en un juego de póker y su amigo cambia su declaración a sabiendas que debe mentir—: Es mi prometido.

Si tuviera que pedirles a mis amigos que me sigan la corriente de esa forma, Tyra preguntaría dónde está el río y Ciro si nos podemos meter al agua. No entenderían nada.

—¿Y por qué no están usando anillos? —insisto.

Impeler a que caigan en el abismo de su mentira es entretenido.

—No es necesaria ninguna alianza para demostrar cuánto se ama a alguien —asegura el *stripper*.

No sé si lo dice porque de verdad lo piensa o solo para que la farsa

no se desmorone. Sin embargo, coincido y eso me molesta. No quiero coincidir con él en nada; no respecto a esto, no en este departamento y no en mi nueva vida adulta. Quiero arrastrarlo a una habitación para que llamemos a Ibeth y nos diga qué está sucediendo, así puedo decidir qué hacer con mis cosas, mi abuelo y conmigo misma.

Siento que juego un partido cuyas reglas no conozco. Eso me inquieta mucho.

—Bésense entonces —propongo.

—Me gusta tu forma de pensar, chica. —Bernardo me guiña un ojo—. Y también lo que tienes en la mano. Es último modelo por lo que sé.

Me sonrojo y dejo de agitarlo en el aire.

—Soy un alma tímida. —Evade el beso Jaden, y quiero reír porque eso nadie lo cree.

—No te oías como un alma tímida la última vez —responde su amigo al apartar su brillante cabello negro de su frente. Me pregunto si él le da consejos a Jaden para el cuidado del cuero cabelludo—. Ahora dame un beso lleno de bacterias y amor.

El abuelo me codea.

—Billy Anne —susurra—, creo que habrá traseros rotos aquí y no seré yo el responsable.

Me pongo de pie y lo arrastro a la sala.

—¿No crees que deberíamos dejar de hablar de la vida sexual de la gente y descubrir dónde dormiremos esta noche? Ibeth nos engañó y ni siquiera sabemos por qué.

—Nos quedaremos aquí —dice con obviedad—. Jaden es nuestra nueva Ibeth, así que relájate antes de que te dé motivos para estresarte al ponerte hacer lagartijas. —Me toma por los hombros y me cruzo de brazos, inconforme. ¿Por qué soy la única que parece tener los pantalones de chica grande puestos? Hay cosas que arreglar aquí y alguien tiene que hacerse cargo—. Ahora, si me permites, iré a ahuyentar a esos dos al encender esta cosa. —Me quita el consolador—. No sé por qué hace un ruido tan raro, pero estoy seguro de que los espantará para que hagan sus cosillas en una habitación a puerta cerrada.

Más que espantarlos, parece que los invitará a un trío. Lamento mucho haberle dicho que era una batidora. Echo la cabeza hacia atrás y maldigo antes de ir por mi teléfono y enviar un mensaje para reunirme con quienes formamos mi propio trío.

Necesito una CDE. Urgente.



—¿Por qué convocaste una Comida de Emergencia, Annie? ¿El tipo del elevador te molestó? —Ciro se aparta los mechones rubios que le rozan la barbilla.

¿Por qué todos los sujetos que conozco tienen el cabello como recién salido de la peluquería? No es justo. Giro se seca el trasero y el rostro con la misma toalla y tiene un cutis que ni el mejor dermatólogo podría conseguirme.

—La vida me molestó —corrijo.

—¿Quién es el tipo del elevador? ¿Qué tan capaz es de darte un orgasmo visual del 1 al 69? —inquire Tyra con la boca llena, y le lanzamos una mirada—. ¿Qué? No es ilegal preguntar.

—Preocúpate menos por los candidatos y más por apoyar a nuestra amiga. —Hyland le toma la cabeza como si fuera la tapa de un frasco y la gira para limpiarle la boca con una servilleta—. La está pasando fatal y tú solo quieres saber si sus vecinos son potenciales amantes cuando tienes uno justo aquí. —Hace ademán a sí mismo antes de lanzar la servilleta a la mesa.

Gimo mientras sorbo de mi Coca-Cola.

—Prefiero a los chicos desechables y tú eres como un maldito bumerán, siempre regresas. Olvídalo. —La pelirroja se lleva una papa a la boca.

—Hola, Billy Anne está llamando desde el local de comida chatarra de Kordell. —Agito las manos frente a ellos—. Mis sueños se están derrumbando aquí, ¿alguna sugerencia que no trate sobre placer carnal, vanidad y bumeranes?

Las CDE son reuniones que se pueden dar en cualquier momento. Convoqué una porque estoy necesitada de un jodido abrazo y palabras de ánimo.

La primera vez que hubo una CDE fue cuando los alcancé en primer año de la preparatoria. Fue la única vez que estuvimos los tres en una misma aula antes de que siguiera saltándome años.

La cuestión fue que, como era más pequeña que el resto, un chico llamado Hunter Gone comenzó a molestarme al decirme frente a sus estúpidos amigos si me había confundido de camino a la guardería y si necesitaba que llamara a mi mamá.

Me largué a llorar. No porque me doliera lo que dijo, sino porque nadie me había enseñado a golpear antes. Le di al chico en la nariz cuando me arrinconó en la cafetería y ambos terminamos llorando; él por su órgano del olfato dañado y yo por el cuarto segmento de mi extremidad superior izquierda.

Ahí aparecieron Tyra y Ciro. Él me llevó en su espalda a la enfermería —creyó que eso podría animarme— y Tyra hizo que el bravucón firmara una especie de declaración escrita sobre lo que había ocurrido. También una disculpa, y estoy segura de que lo amenazó para obtener esa firma. Luego, se lo llevó al director y ni puedo imaginar lo que pasó por la mente de ese hombre al ver que una niña irrumpía en su oficina para hablarle como si se hubiera cometido un delito federal.

Mientras esperábamos que citen a nuestros padres, Ciro compró un par de dulces de la máquina expendedora. Durante la primera CDE me tranquilizaron al asegurarme que no me expulsarían.

—De acuerdo, es hora de escuchar a tu mejor amiga decir exactamente lo que va a pasar. —Tyra se lame los restos de sal de los dedos y Ciro parece querer protestar por su servilleta ignorada—. Volverás a ese departamento y solucionarás el problema con ese brillante cerebro que tienes, sin la necesidad de llamar a tus padres. Irás a tu entrevista el lunes y te aceptarán, serás la mejor y más joven periodista en la historia en ganar un Pulitzer y me comprarás un yate o un McDonald's.

Le doy mi mirada de no-puedes-estar-hablando-en-serio y Ciro me mira con la pregunta: «Está-loca-¿qué-esperabas?».

Tyra calla nuestra conversación visual con un hablen-en-voz-alta-que-no-entiendo mientras muerde otra papa.

—Creo que puedes llamar a tus padres si todo se vuelve... demasiado, ya sabes —dice Ciro con ojos empáticos mientras se encoje de hombros—. Pero es tu segundo día aquí. Estoy seguro de que lo resolverás, y Malcom y Kansas no se darán cuenta.

—Eso espero. —Me muerdo el interior de la mejilla, dubitativa—. Tengo que cumplir con mi parte del trato, porque de otra forma...

—Ni lo digas —advierte Tyra—, o voy a tener que golpearte con mi hamburguesa, y eso sería un desperdicio.

—¿Qué hamburguesa? —indaga Ciro.

La pelirroja baja la mirada a su plato y un brillo de desconcierto aparece en sus ojos seguido por la desesperación. Luego son cambiados por el enojo en cuanto levanta la mirada y ve al rubio con su postdesayuno entre las manos. Él le da un gran mordisco mientras gime de placer.

Tiene una obsesión con hacerla enfadar. Es un maestro en el arte del engaño. En el colegio, él les quitaba a sus compañeros la tarea, la fotocopiaba y luego la devolvía sin que se dieran cuenta.

Creo que así fue como llegó a la universidad.

—Si fuera una dona, estarías muerto —comento, divertida, y aparto el estrés para cuando llegue al departamento y tenga que lidiar con el chico que usa de baño la cocina.

Lo único que le faltó tras sacarse las lagañas y usar de toalla un repasador, fue sacar a su amigo del pantalón y hacer del uno ahí mismo.

Jaden Ridsley es un potencial problema.

Un potencial y antihigiénico problema, en realidad.

Ciro se inclina hacia mí y me ofrece la hamburguesa. Sin soltar mi Coca-Cola, le doy un mordisco y él le sonrío, triunfante, a una traicionada Tyra.

—Necesito calorías para enfrentar la vida —argumento con la boca llena antes de que mi amiga me lo reproche.



Capítulo V

Cuadrado reglamentario

Billy Anne

De: Lennox

Hola, te dejé dos mensajes en el buzón de voz. ¿Los escuchaste?

¿Te gusta tu nuevo departamento? Envía fotos cuando puedas, o tal vez podrías invitarme en su lugar. El próximo fin de semana, ¿quizás?

Te extraño mucho, cuéntame cómo estás cuando leas esto. ♥♥♥♥♥

Borro los mensajes.

Los músculos intercostales y el diafragma se me contraen. El segundo desciende, y los primeros se elevan. Hay una diferencia de presiones; una mayor en el exterior, por lo que el aire tiene paso rápido desde las vías respiratorias hasta los pulmones.

En resumen, inhalo.

Tal vez lo que podría ayudarme sea una botella de vodka...

—¡Y le dije «¿Eres zopenco o te haces, Timberg?»! —Ríe el abuelo—. ¡Y, obviamente, lo era!

—Entonces dirías «*sei stupido o fai finta*, Timberg?» —traduce Ber en un extraño método de enseñanza.

Esto no era lo que esperaba. Tampoco el aroma a comida casera. No sé por qué lo hecho en casa resulta más sabroso. Tal vez sea porque está hecho con amor o, en caso del abuelo, con odio.

—¿Lista para el aperitivo de media mañana?

Jaden danza por la cocina con un delantal, pero sin camiseta. Es imprudente que abra la heladera descalzo y que maniobre una sartén caliente sin guantes de cocina. Da vuelta un huevo en el aire y espero que no termine pegado al techo.

—Son las dos de la tarde, deberían haber terminado de almorzar hace una hora y media. —Espío al abuelo sobre la barra.

Él y Bernardo están echados en el sofá con los pies sobre la mesa ratona. Charlan animadamente mientras pasan la repetición de un partido en el canal de deportes.

Estoy muy preocupada. ¿Bill ha hecho un...? ¿Un amigo? Detesta sociabilizar. Detesta todo lo que respira a excepción de mamá, tía Zoe y yo.

—Es domingo, no hay horarios para comer. —Gira las perillas de la cocina y deja la sartén allí para limpiar sus manos en el delantal mientras me enfrenta—. Mejor que te acostumbres, amor.

—Billy —corrijo en voz baja—. Y será mejor que te expliques en eso de «acostumbrarme», ¿hablaste con tu hermana?

Asiente y apoya la cadera contra la mesada antes de imitar mi pose. Cuando cruza los brazos, sus bíceps hacen un movimiento que me obliga a mirarlos con fijeza por un momento. Lo nota y las comisuras de sus labios tiran de una sonrisa torcida.

—Habla —ordeno antes de que acote algo al respecto.

—Dijo que me llamó en cuanto su vuelo aterrizó —comienza— en Nueva York.

—¿Por qué diablos se fue a la otra punta del país?

—Fue a probar suerte —explica entre el orgullo y el enojo—. Siempre quiso largarse de aquí, pero no podía arriesgarse a perder la estabilidad económica. Ahora sé que me hizo su compañero de departamento para ahorrar antes de irse. Acumuló semanas de vacaciones en su trabajo y se las tomó. Si encuentra algo mejor en Nueva York,

renunciará y se mudará. Y, si dentro de unas semanas no lo hace, regresará y aún tendrá su empleo esperándola. Nadie pierde, salvo nosotros.

—Tampoco quería arriesgarse a perder el alquiler, ¿verdad? Es difícil encontrar dónde alojarse aquí por un precio accesible.

Si Ibeth no consigue quedarse en Nueva York, llegará y pateará mi trasero y el de Bill fuera de este lugar. Es eso o echar a su propio hermano. Dejará a alguien sin hogar temporalmente y, como si no fuera mucho, nos engañó a todos y nos quitó la voz y el voto en la decisión.

—Es egoísta —susurro—. Astuta y egoísta.

Estoy enojada, pero él se encoge de hombros como si no importara.

—¿Estás bien con eso? Sé que es tu hermana, pero ¿no estás ni siquiera un poco furioso?

Me sostiene la mirada en silencio. No hay un ceño fruncido ni labios apretados, tampoco un músculo que salte en su mandíbula. Su carencia de reacción ante la situación me obliga a analizarlo.

—Dos opciones —deduzco—. De verdad todo te importa una mierda o... —me tomo un segundo—, te han decepcionado demasiadas veces y estás acostumbrado, amigo mío.

Una sonrisa de comercial de dentífrico ilumina su rostro por la forma en que lo llamo. Ríe un poco y reprimo una sonrisa.

—Ahora tengo curiosidad, ¿te decepcionaron las personas o la vida? —pregunto cuando se voltea para sacar de la sartén el huevo y sumarlo a la pila que ya hizo.

Espero que me responda que solo fueron las personas. Apesta, pero no es lo mismo que te decepcione la vida. Si lo hace la gente, tienes a alguien a quien culpar, con quien enojarte; pero si es la vida la que te rompe el corazón, hay un problema. ¿A quién le gritas cuando muere alguien que quieres por causas naturales? ¿A quién maldices cuando llega un tornado, un tsunami, un terremoto, hay una inundación o lo que sea y lo destruye todo?

Es complicado nivel seis mil.

—Ambas, amor. —Le lanzo una mirada de advertencia por el apo-

do, pero eso alimenta su sonrisa mientras busca otro plato para mí. No voy a mentir, verlo sin camiseta, con delantal mientras maniobra utensilios de cocina eleva la temperatura como diez grados—. ¿Qué hay de ti? Dejando de lado que sigo teniendo algo de ropa puesta y eso puede ponerte triste, ¿alguna vez te decepcionaron?

De forma automática estoy por decir que sí, pero lo pienso dos veces.

—En realidad, no —confieso, y eso llama su atención—. Sé cómo suena, pero creo que todo en mi vida salió perfecto de alguna forma. Nunca me faltó nada, mis padres... Ni siquiera puedo describirlos. Mis amigos y el resto de mi familia son increíbles. Nunca me enfermé, siempre gané todo lo que me propuse y nunca perdí a nadie.

Cierra la distancia entre nosotros.

—¿Y por qué lo hiciste?

Me quedo quieta. Está demasiado cerca y puedo sentir su aliento en mi mejilla. Se inclina y mi primer instinto es alejarme, pero me encierra entre sus brazos.

La temperatura subió otros diez grados. Mierda.

—Necesitaba la sal —informa con diversión al retroceder con el salero que debí estar obstruyendo—. ¿Decías?

Es consciente de su efecto en las personas.

Bastardo.

—¿Por qué hice qué?

—Mudarte lejos. —Hace un ademán a su alrededor—. Dejaste una vida perfecta por una imperfectamente desastrosa. Además, elegiste Kordell. Podrías haber ido a donde quisieras. Washington, Nueva York o Seattle. Podrías haberte marchado a estudiar a Inglaterra, Hong Kong o España, es decir... ¿Sabes que tu padre es Malcom Beasley, verdad?

Y aquí vamos otra vez.

Nunca soy solo Billy Anne. Primero, ante todo, soy hija de Malcom. La sombra que emite su nombre me tapa y, a veces, resulta tan asfixiante que quiero correr.

Yo lo siento con papá, pero muchos sienten lo mismo con sus

hermanos. Siempre los comparan entre sí, y uno termina por opacar al otro con sus logros y su personalidad. Lo gracioso es que todo el mundo te dice que no hay que hacer comparaciones, pero ellos mismos las hacen cada día. Sin embargo, lo que más me molesta es que es algo que está demasiado incrustado en la forma de hablar de la gente; parece una costumbre imposible de borrar.

Nadie, excepto los más cercanos, me llaman por mi nombre. Soy la hija de tal o la sobrina de tal y, si tuviera un hermano al que le gustara el fútbol, sería la hermana de tal.

¿No es más corto decir Billy en su lugar? ¿Por qué gastar saliva extra?

—Exactamente por eso. —Abro un cajón de la encimera—. Amo a mi familia, pero necesito un respiro. Viví durante 18 años en el mismo lugar, rodeada de las mismas personas, oyendo todos los días «la hija de...», en lugar de Billy. Tuve que desarrollar un filtro para ver quién se acercaba a mí por papá. Aprendí a callarme cuando decían que no tenía derecho a quejarme de nada porque tenía la vida servida en bandeja. —Recojo cuatro tenedores y lo cierro con la cadera—. Era como si estar triste, enojada o con ganas de mandar a la mierda a medio mundo no estuviera en la lista de cosas que yo pudiera hacer. Y, si lo hacía, era una mimada, una niña dramática que quería ser el centro de atención todo el tiempo. Siempre lo sería mientras viviera, comiera y vistiera gracias al número 27.

Pongo un tenedor en cada plato y su silencio me hace pensar que hablé con demasiado enojo contenido.

—Puedes decirlo —animo con un suspiro—. Ya tengo práctica en responder a comentarios que infravaloran mi problema.

Sin que se lo pida, agita el salero sobre los huevos con tranquilidad.

—Un problema es un problema, sin importar su grado de dificultad. A veces los problemas que parecen más pequeños son los de las repercusiones más grandes, Billy.

Sonríó cuando me llama por mi nombre. Mira mi boca un momento, y luego mis ojos.

—Tengo que ir a chequear al abuelo antes de que se canse de su nuevo mejor amigo y lo amenace con enviarlo a Osetia del Sur, pero gracias por los huevos.

Me señala con el salero y los ojos estrechados.

—Puedo darte mis huevos cuando quieras, amor. Dicen que saben deliciosos.

Ruedo los ojos.

—Pasas de caballero a puerco en menos de un nanosegundo.

Jaden

—Si vamos a hacer esto, necesitamos reglas. —Deja su plato vacío sobre la mesa ratona—. Y todos deben comprometerse a cumplirlas. —Su mirada se tarda más de lo necesario en mí.

—¿Desconfías de mi capacidad para seguirlos? —adivino al palmeo mi estómago. Cocino como los dioses y estoy seguro de que es uno de los motivos por el cual Bernardo sigue siendo mi amigo—. No voy a romperlas, relájate.

—Se puede jugar con las reglas sin romperlas, primor —se entromete mi amigo—. Y tú necesitas límites. No solo la línea amarilla, sino también al inspector de tránsito con chaleco fluorescente y un cartel que diga «quédate detrás de la línea con las manos donde pueda verlas».

—No me estás ayudando a dar una buena impresión aquí, Ber.

—Para eso están los amigos. —Levanta su lata de Coca-Cola en mi dirección.

—Yo soy especialista en esto, déjenmelo a mí. —El anciano de la gorra se sienta al borde del sofá—. Primera regla: respetar el espacio personal. Si alguien pide soledad, eso mismo se le da. De otra forma el transgresor de pautas correrá hasta Carolina del Sur. Segunda regla: siempre advertir al prójimo cuando uno hizo del dos en el baño. No queremos desmayos. Tercera regla: ser honesto. Si mientes, duermes en el ascensor. —Me sorprende la seriedad con la que lo dice—. Cuarta y última: siempre usar ropa. Nada de desnudos.

Protesto.

Bernardo también.

Incluso Billy Anne parece querer hacerlo a pesar de que se contiene.

—De acuerdo. —Suspira Shepard—. Siempre usar dos prendas de ropa como mínimo, ¿mejor? ¡Y el par de calcetines cuenta como uno!

Meneo las cejas a su nieta. Sabe que estoy pensando en ella y que la imagino en un lindo conjunto de ropa interior. Me gusta el rosa. Y el celeste. También el negro con encaje, y en ella el blanco se vería fantás...

—Meteré tu trasero en el congelador si lo expresas en voz alta — advierte.

Levanto las manos con inocencia.

—¿Puedo mudarme aquí también? —pregunta Bernardo al cruzar las piernas—. Además de darle utilidad a mi casi finalizado traductorado y enseñarle al *coach* a insultar en italiano, soy fan de las escenas de desnudos.

—No tienes permitido mudarte, pero puedes quedarte a dormir cuando quieras mientras ustedes dos dejen la puerta abierta y no se escuche ni el crujido de la cama. —Nos apunta con recelo—. Incluso podríamos hacer una pijamada tú y yo —le dice a Bernardo—. Todos mis amigos, que en realidad son dos, tienen que cuidar de sus nietos o tienen dolores y huesos rotos. Me vendría bien uno sano.

—¡Abuelo! No, de ninguna manera seremos un hotel. —Billy Anne esconde el rostro entre sus manos con frustración.

—Por favor —suplica el anciano y se apoya en su hombro—. Una pijamada al mes. Prometo comportarme y no amenazar a nadie.

La chica sube la mirada y se estudian por varios segundos. Ella exhala despacio antes de ceder.

—Buscaré mi kit de *spa* y mis libros de estudio entonces. —Bernardo aplaude con entusiasmo—. Y también actualizaré mi lista de Netflix, es un trato.

—Parece que podremos coexistir sin problema, ¿verdad, amor?

Bernardo, al recordar nuestros papeles, dice que sí.

Billy Anne, al saber que me dirijo a ella, dice que no.

Se miran con un poco de nerviosismo y el entrenador arquea una ceja. Me río y ambos pasan a lanzarme una mirada que se asemeja a una posible sentencia de muerte.

—Tú y yo tendremos una conversación ahora mismo, querido.
—Bernardo se pone de pie y me arrastra del brazo hacia el corredor.

En realidad, me dejo arrastrar. Él ni siquiera puede levantar su propio peso de la cama, sobre todo, los lunes.

—¡La puerta! —recuerda en una advertencia Shepard.

—Como una persona a la que le gustan las pijamadas, no debería preguntarlo, pero porque soy un amigo responsable, lo haré —dice cuando entramos a mi nueva habitación semivací. Es por la frase en la puerta que Ibeth cambió de lugar mis cosas antes de irse: quería que Billy Anne no sospechara que se estaban ocupando dos habitaciones en lugar de una—. ¿Crees que es una buena idea?

—¿Compartir el alquiler para no tener que trabajar veintitrés horas al día para pagarlo? Como el infierno que sí.

—Me refiero a vivir con esos dos. —Baja la voz—. Billy Dinosaurio y Billy Bebé Dinosaurio me agradan, pero no los conoces. Además, ¿escuchaste las reglas? Tú no sabes lo que es el espacio personal, no te gusta usar ropa, a veces vas al baño y dejas la puerta abierta, ¡Dios sabe cuántas veces casi he muerto en tu departamento porque tapas las cloacas, Jaden Parker Ridsley! Ya rompes tres de las cuatro reglas solo con eso.

—Pero soy honesto, mejor algo que nada.

—¿Verdaderamente honesto? ¿Les dijiste lo que te ocurrió?

—¿Qué tiene que ver eso con ellos al mudarse aquí? —Frunzo el ceño—. No necesitan saberlo.

Bernardo se exaspera y mueve los brazos hacia la puerta como si estuviéramos jugando al dígalo con mímica.

—Ese hombre de ahí afuera es un exjugador y entrenador de fútbol americano, su yerno es el de las posaderas bonitas, por lo que su nieta es hija de Malcom Beasley, la razón por la que...

—Beasley no es la razón por la que tuve que dejar de jugar, Bernardo.

Mi pecho se eleva por la profunda inhalación que me obligo a tomar. No quiero enfadarme con él, pero sabe que hablar de lo que pasó toca todos los botones rojos que se supone que no debes presionar en mí.

—Tarde o temprano lo sabrán, Jaden.

—Mejor que sea tarde entonces, ¿no? Sé que te preocupa que vivir con ellos me recuerde todos los días el cómo terminé así y me haga lamentar mi existencia, pero no debes preocuparte. Ya lo superé, Ber. Pasó hace años.

No me cree.

—Tú eres una estrella y esos dos parecen un amigable agujero negro listo para tragarse tu luz sin siquiera saberlo, primor —objeta.

No sé cómo forma oraciones como esas en medio de las discusiones. Yo soy del tipo al que se le ocurren cosas geniales para decir una vez que la pelea ya terminó.

—La realidad es que cuanto más oscuro está, más brillan las estrellas —corrijo antes de tirar de él bajo mi brazo, rodear su cuello y comenzar a frotar mis nudillos contra ese cabello lleno de gel y cuidadosamente peinado—. Relájate, Belcamino.

Chilla en protesta. Está prohibido meterse con su cabellera, pero soy un transgresor de las reglas.

—¿Acaso no prestaron atención al reglamento, señoritas?! —grita el anciano desde el comedor—. ¡Los haré correr hasta Transilvania si no dejan de intentar desafiar a la naturaleza al intentar hacer bebés ahora!

—¡Abuelo, cierra el pico! —reprocha Billy Anne.

Con Bernardo reímos, pero siento el peso de nuestra conversación por lo que resta del día.